

Vida, y Milagros del Venerable

Sebastian de Aparicio, que por esso debió de singularizarse tanto con el nuestro Serafico Padre, por lo que se le parecia en la pureza, y castidad virginal, bien assi como Christo Señor nuestro, que honró con privilegio de amor especial à su amado Discipulo San Juan Eyangelista, porque era virgen como él; y assi dize la Iglesia: Que el Virgen Christo, encomendò à su Madre Virgen, al Discipulo Virgen. No obstante que avia sido desposado, pues dizen muchos, que las Bodas que se celebraron en Caná de Galilea, à que asistieron Christo Señor nuestro, y su Santissima Madre, fueron de este glorioso Apostol, y que en ellas lo llamó el Divino Maestro. Concluiesse esta materia de la castidad del Venerable Aparicio, con referir vna proposicion de vn secular, quando el cuerpo del Siervo de Dios estaba depositado en el lugar, que le pusieron antes que le enterrasen, despues de su glorioso tránsito: el qual como oyesse la voz comun, de que era mucha la fragancia, y olor, que el santo cuerpo exhalaba, y la percibiese tambien, dixo: *Carne que tan bien huele, no es possible, sino que sea arca donde Dios tenia depositado algun grande, è inestimable tesoro de castidad.* Que son casi las mismas palabras conque nuestra Religion celebra la virginal pureza de

*Virgo Virgini
nem Virgini
commendavit.
Ecclesia in
offic. S. Ioan.*

Fray Sebastian de Aparicio. 129.

de nuestro portentoso Lego San Diego, en quien se experimentaron tambien los efectos de incorrupcion, y suave olor despues de muerto: *Qui viuens Spiritus Sancti templum fuerat, mortuum non computruit, sed suavi odore, omnes mirifice recreabat.* El que viuo, avia sido Templo del Espiritu Santo; esto es, casto, y puro, como dixo Santa Lucia al Tirano: *Caste, & pie viuentes templum sunt Spiritus Sancti.* Muerto no admitió corrupcion, sino que admirablemente los recreaba à todos con vn olor suave; en que mostraron vno, y otro, que en vida avian corrido tras del olor de los aromaticos vnguentos, y fragrantes virtudes del Esposo.

*Curremus in
odorè unguen-
torū tuorum.
Cant. cap. i.*

CAPITULO SEXTO.

De la rigida penitencia de el Venerable Padre Aparicio.

AViendo de tratar de las penitencias que hizo, ò se alcançaron à saber del Bendito Aparicio, no ay otro estilo mas significativo, y compendioso, conque poderlas declarar, sino con dezir, que fueron algunas muy parecidas à las de aquel portetoso, y admirable Maestro de Penitentes nuestro gloriosissimo

R San

San Pedro de Alcantara su contemporaneo, pues florecieron á vn mismo tiempo, el vno en la Estremadura en la Provincia del Arcángel San Gabriel, y el otro en esta Nueva-España, en la Puebla de los Angeles. San Pedro de Alcantara nació el año de mil quatrocientos y neventa y nueve, y el Venerable Padre Aparicio tres años despues, que fue el de mil quinientos y dos, aunque San Pedro viuió solo sesenta y tres años, y murió el de mil quinientos y sesenta y dos, y el Padre Fray Sebastian murió el de mil y seiscientos, aviendo viuido noventa y ocho años, que le dilatò Dios tanta edad, para prolongar el tormento, y consiguientemente aumentarle el merecimiento, y el premio. Ambos, aunque en tanta distancia, seguian vn mismo camino, que era el de la imitacion de nuestro Padre San Francisco: De San Pedro ya lo acredita la Iglesia, diciendo: Que refucitó en èl el Serafico espíritu: Que andubo todas las veredas de su Padre, sin declinar á la diestra, ni á la siniestra: Y de Aparicio ojalà lo autorice con su Canonizacion, ò Beatificacion; mientras ya se ha visto quanto le imitó, y en especial en la penitencia, parece que dezia nuestro Santo Padre á estos sus dos amados Hijos, lo que S. Pablo á sus discipulos los Philipenses: Sed mis-

Mortuus est Pater noster Franciscus, & quasi mortuus similè enim sibi reliquit Petrus post se, quem constituit defensorè domus sue, hic ambu-

imitadores. Y despues les dize: Todas las cosas que aprendisteis, que recibisteis, que oísteis, y que visteis en mi, estas hazedlas, y el Dios de Paz serà con vosotros. Y individuando en lo que le han de imitar, dize: Me he alegrado grandemente en el Señor, porque finalmente refloreциsteis á sentir por mi, como lo sentiais; esto es (explica la Interlineal) hizisteis retoñecer (al modo de los arboles) las cosas, que ya estaban secas, y marchitas. Yo sé humillarme, yo sé abundar sin vanagloria, sé tener hambre, y padecer penuria; porque todo lo puedo en virtud de Dios que me conforta. Todo lo aqui expreffado, y mucho mas que se dà á entender, les aconsejaria nuestro Santo Padre à sus dos queridos hijos, y les prometeria alientos, y confortaciones Divinas, para que valerosamente siguiessen sus huellas. Por lo que toca à la materia propuesta, fue singular norma de penitentes nuestro Serafico Padre Adalid, invencible, y esforçado Capitan de los que quieren llevar la Cruz de Christo, sin perdonar à su cuerpo mortificacion alguna de quantas pudo hazer, tanto que dezia de èl el Santo Fr. Gil su Companero: Que si el Padre San Francisco tuuiera cuerpo lano; y recio, todo el mundo no hiziera tanta penitencia como èl. Y se mostrò muy bien, quanta fue la aspereza

laui per omnes vias Patris sui, non declinauit ad dexteram siue ad sinistram.

Resp. Fratres imitatores mei estote.

Qua & audistis, & accepistis, & didicistis, & vidistis in me, haec agite, & Deus pacis erit vobiscum. Scio & humiliari. Scio & abundare, & penuriam pati, omnia possum in eo qui me confortat.

Philip. c. 3.

conque se tratò, pues pocos dias antes de su muerte, le dixo la culpa á su cuerpo, y le pidió perdon de lo mucho que le avia maltratado, satisfaciendole, que no avia sido por aborrecimiento, sino por mayor seguridad, y para mayor servicio, y gloria de Dios, lo mismo pudieran aver hecho sus dos hijos, pues se castigaron tanto, que dezian de San Pedro, que eran locas temeridades, y de Aparicio lo atribuían á brutalidades, porque como solo Dios sabe ponderar los espíritus, no conocian los que les afeaban las acciones, el impulso interior que les obligaba á obrar assi, del de Aparicio lo manifestarán despues dos dichos, conque declaró á lo ultimo de su vida la intencion de sus obras.

Al passo que Dios le diò á Aparicio cuerpo fuerte, y robusto, le diò tambien fortaleza, para que declarasse guerras contra él, y començasse á macerarlo á vn desde bien pequeño, no dandole todo el sueño que quisiera, sino lo muy necessario. Siendo dueño de aquella Estancia, que comprò despues, que se apartó del exercicio de los carros, se afirma de él, que en diez y ocho años continuos, no solo no se acostò en cama; pero que puesto à cavallo con vna lança en las manos passaba las noches de todo este tiempo en vela, guar-

guardando sus Nouillos, y Bueyes, y quando le rendia el sueño (por ser cosa natural el dormir) assiendo fuerte en la tierra el regator de su hasta, se arrimaba à ella, y de aquel modo lo quebrantaba. Sucediòle vna vez, que acostandose en el suelo de la puerta de vn corral, adonde tenia encerrado vn poco de ganado mayor, le quedò dormido, y le cayò en cima vn recio hielo, de que le resultò vna grave enfermedad de vn estupor, ò adormecimiento, que le diò en vn brazo, que le quitò totalmente el uso, y el movimièto de él, continuòsele, y agrauòsele el accidente, y como fuesse viudo, no tuviesse comodidad de curarse en su casa, fue forçoso bulcar otra de vn amigo, donde hazerlo; hallò vna, donde el señor de ella le recibì con grande cariño, y le mandò poner vna cama con colchones, sabanas, almohadas, y colcha (como se suele hazer con qualquier enfermo, y mas hue sped) pero nunca pudieron convencer á Aparicio, para que se acostasse en ella, mas antes rogó, que le dexassen estar sobre vna estera, ò petate, que estava puesto á los pies de la cama, y alli perseverò todo el tiempo que durò la curacion.

Despues de Religioso, ya diximos, que su ordinaria cama fue el desnudo suelo, á imitacion de nuestro Padre San Francisco, y que

quando salia del Convento, è iba al campo, se acostaba debaxo de vna carreta, y aunque en tiempo de frios los hiziese rigorosos, y en el de aguas lloviessse toda la noche, no hazia mas diligencia que abrigarse con su pobre manto, y quando de mas refrigerio se queria valer, añadia vna fresadilla, ò manta vieja de que solia vsar, y certificaron muchos testigos, que diversas vezes le acompañaron, y vieron dormir en el campo de esta manera, que aconteció algunas de ellas passarle arroyos de agua por debaxo del cuerpo, y el Siervo de Dios, sin hazer demonstracion alguna, estaba con tanto placer, como si estuviesse en el Paraíso, donde dizen, que no se sienten las celestes inclemencias: antes si le preguntaban; porquè no se defendia dentro de vna carreta? Respondia: *Buen Dios tenemos, que todo lo suple.* Y fue tan constante en esta penitencia, que à vn en sus enfermedades la guardò.

Vna vez estaba en la Enfermeria, por averle atreziado vn dolor, que padecia ordinariamente; y como el Santo Varon no estaba acostumbrado à dormir encerrado (que por no andar en tinieblas en lo corporal, y espiritual, buscaba la luz, como quien dessea obrar bien en todo) luego que anoheciò, se salió de la Celda en que estaba, y se fue à vna

azo-

azotegueta, ò corredorçillo, que avia en la misma Enfermeria, y alli se acostò en el suelo, junto à vna canal, por donde desaguaba, quando llovia, otra azotea alta que estaba en cima del corredor. Adeshora de la noche començò à caer va copioso aguacero; pero no por esso tratò èl de quitarse, antes como con su cuerpo tapaba el desaguadero, por estar tan cerca de èl, creció tanto el agua, que casi nadaba en ella Aparicio. Ofreciósele al Enfermero ir à quitar vna poca de ropa, que se le avia olvidado alli la tarde antecedente, y entrando por la dicha azotegueta, hasta la media pierna en el agua, reconoció cuerpo viuo, de que su asustó grandemente, por no saber determinar, quien podia estar en tal sitio à vna hora tan incomoda, y en la ocasion de estar lloviendo tanto. Pero Aparicio que conociò el temor que le avia embestido, le hablo, y dixo: *Yo soy, qué quereis?* Con el conocimiento de la voz se soslegò el Enfermero del susto, que avia concebido; pero piadosamente alterado, de que estando enfermo, se huviesse ido à poner al agua, le reprehendiò, diziendo: Es possible, Aparicio, que no advertis lo que llueve, y que os puede hazer mucho daño? A que respondiò: *Si advierto, mas en mi vida he estado mas à mi placer que aora.* Y se le

R 4

debe

*Qui male
agit, lucem
odit.
Ioan. cap. 3.*

Vida, y Milagros del Venerable

Quia factus
sum sicut vter
in pruina, in-
justificationes
tuas non sum
oblitus.

Psalm. 118.

debe creer, porque como estas diligencias las hazia, para castigar su cuerpo, y que estuviese mortificado, y sujeto à las leyes del espíritu, cumpliendo los Divinos preceptos, pudo dezir aqui lo que David: No me he olvidado tus justificaciones, porque estoy hecho vn odre, ó zaque, al yelo, y frio de esta lluvia, porque en tales ocasiones tienen los Siervos de Dios, mas en la memoria el agrado de su Señor, por la obediencia à su Santa Ley. Mas pareciendole al Enfermero, que no le convenia à su salud corporal, y que pudiera matarle, le hizo levantar por fuerza, y entrar debaxo de techado. Lo qual hizo Aparicio de muy mala gana; pero no pudo vencerle à que mudasse ropa, ni le abrigasse en cama, sino q̄ assi mojado se acostò en el suelo. Tambien le atormentaba con el otro extremo de calor, como lo vió vna vez Joseph de Padilla en su casa q̄ aviendole hecho vna lumbrada para q̄ se calentasse, se llegaba tanto el Venerable Padre al fuego, que casi se quemaba, y juntamente se estaba dando con las vn̄as tales pellizcos en las manos, que se le veia saltar la sangre, tratando à su cuerpo con tanto rigor, como si fuera vn grande enemigo, de quien quisiesse tomar vengança de muchos agravios hechos.

Otra

Fray Sebastian de Aparicio. 133.

Otra vez le afligiò la quebradura, que era el dolor, que de continuo le atormentaba, y aviendole ido acurar al Convento, quando vió que los Religiosos estaban recogidos, se fue à la Huerta, donde se estuvo hasta que amaneciò, à la mañana bolviò à la Celda bueno, y sano, y no solo esso, mas con aver llovido toda la noche, traia la ropa seca, como lo testificò vn seglar, que lo encontró, y se la tentò (que era vn Barbero que estaba retraido en el Convento llamado Pedro Sanchez) el Enfermero que reconoció la sanidad intempestiva, le pregunto; què avia sido aquello? Y respondiò Aparicio: *Dios, y mi Padre San Francisco me han sanado.*

Siendo muy viejo que tenia ya mas de noventa años de edad, como se iba desflaquecièdo la naturaleza, y los espíritus vitales dando muestras de quererle desamparar, crecian las enfermedades, y le acometian con mas fuerza. La que mas le afligia, era la quebradura, y entre las muchas vezes que le maltratò este penoso achaque, vna lo puso à punto de morir, llevaronlo à la Enfermeria, donde le pusieron Celda, y cama, la qual repugnò mucho el penitente Varon, mas como instaba la obediencia de el Prelado, que se la mandò admitir, obedeciò al punto. Y luego que la noche

noche se foflego, y le dexaron solo, se faliò de la Celda, y se fue á vn portallillo, que estaba á la entrada de la Huerta, donde se acostó sobre vna tabla, á la mañana fue á visitarle el Enfermero, por ver como avia pasado la noche, y como no le halló en la Celda, él, y otro anduvieron buscandolo por el Convento, hasta que le encontraron en el lugar referido, donde estaba muy alegre con el Rosario en las manos rezando; preguntaronle: Que porque avia hecho aquel exceso, que si queria ser homicida de si mismo? Y él respondió: *Salime á lo claro, porque aqui no está la muerte, y en lo obscuro si, que no es bien dormir, sino en lugar donde se pueda ver el Cielo, y las Estrellas.* Por entonces no se atendió á esta disfrazada respuesta, mas que por lo material de sus palabras; pero despues se conoció el sentido con q̄ las dixo: pues es cierto, que donde está el tesoro amado, está el corazon, y adonde está el corazon, se inclinan los ojos; y como Aparicio contemplaba todo su tesoro en el Cielo, que era su Padre Celestial, tenia allá embeviendo su devoto corazon, y assi no descansaba, sino era con la vista de aquella Soberana Celestial Patria; para cuya possession, y pacifica asistencia, somos peregrinos, y viadores en esta vida. Y

Caminando le cogió diversas vezes la noche en montes, sierras, y despoblados, y aun en las Estancias de los seculares por muchos ruegos que le hiziesen, no dormia en techado. Si tal vez probaba á darles gusto, dezia: Quele parecia se abrasaba en vivas llamas. Si compadecidos le preguntaban: Porque no se recogia en vna casa del campo, y en camas que le ofrecian? Dezia: Que le eran de tormento: Y el quedarse en destechado á las inclemencias del Cielo, llamaba regalo, y descanso. Y como vn seglar le hallasse vna vez cubierto de yelo, y de escarcha, llegó á tocarle, por ver si le avia hecho daño, ó se avia enfriado, y le halló tan caliente, como si huviesse dormido con mucho abrigo, porque le recibia Dios los buenos deseos, conque se ponia amortificar por su amor, y en lo demás le suspendia la actividad á la nieve, para que no le ofendiesse, como quando nuestro Padre San Francisco se arrojó á la Zarga, para herirse, y llagarse, en memoria de nuestro Redemptor Jesu Christo Crucificado, que le aceptó el Señor su santa intencion, y en quanto á exercitarla, no solo no lo dexó que se lastimasse; pero le convirtió las espinas en delectables Rosas blancas, y coloradas.

Con tanta puntualidad observó el Venerable

rable Padre Aparicio este modo de penitencia, que aun en la enfermedad vltima de que murió, con ser aguda, y penosa, porque no durò mas de cinco dias en ella, no consintió à su cuerpo, que llegasse à prenderle la muerte en cama blanda, ya que avia sido tan dura la que avia tenido en vida, y assi el dia que falleció, y entregò su espíritu al Señor, pidió con humildes rendimientos, le dexassen acostar en el suelo, para morir alli imitando à nuestro Padre San Francisco. No quisieron concederle los Enfermeros, porque atendiendo à la comodidad del cuerpo, les parecia, que su agudo, y mortal accidente no permitia tan dura, y fria cama. Viendo el Siervo de Dios la repugnancia, con que resistian su petición, sin demandarles mas consejo, como pudo, se baxò de la cama alta en que le tenían, y en el suelo se dexò caer con su habito puesto, sin permitir que se lo quitassen, alli estuvo por espacio de ocho horas, hasta que llegó la de su felice tránsito de esta vida mortal à la eterna, queriendo el verdadero menospreciador de las blanduras, y regalos del mundo, entregar el cuerpo à la tierra, de que avia sido formado, quando el alma se partia à su Criador que le diò el ser. En esta ocasion sacò à muchos del engaño en que estaban, acerca de

de la aspereza de vida conque le veían tratar, porque (como queda dicho) atribuían su penitencia, y mortificacion, à rusticidad, y dureza de natural; pero dexònos grande, y segurissimo del engaño de este error en la hora postrimera, en que dixo à su Guardian: que toda su vida avia procurado mortificar su cuerpo con distintos generos de penitencias, por sugetar el gusanillo vil al espíritu, y el espíritu à Dios, para agradarle, è ir al Cielo, y dixole: *Pensaràn los Prelados que por mi gusto he andado con las carretas, pues no ha sido por esso, que bien quisiera el cuerpo algun regalo, sino por castigarle, porque no se alçe à mayores, por esso he andado con ellas, haziendo la obediencia, y no por otro fin, ni libertad, acordandome siempre de esta hora.* De donde se colige, que si su intento era domar el cuerpo, y sugetarle, que avia de procurar humillarle con diversas mortificaciones, que ocultaria, à mas de las que se le descubrieron, para que por ninguna parte hallasse portillo, ni entrada el pecado; diziendo con San Pablo: *Castigo mi cuerpo, y pongolo en servidumbre, porque en nada me descomponga, ni derribe.*

Ego autem, sic curro non quasi in incertum, sic pugno, non quasi aereus verberans. sed castigo corpus meum, & in servitutem redigo.
Ad Chorint. I. cap. 9.